

AÑO I.

La Unión Republicana

CADIZ.

SUPLEMENTO ILUSTRADO

TOREO MUNICIPAL

--IVAYA POR USTEDES!

NÚM. 27.

SUSCRIPCION, 50 CÉNT.S.
NÚMERO SUELTO, 15 CÉNT.S.



Por el brindis se comprende
que tiene sangre torera.
Allá veremos si «el Tripas»
le deslucce la faena.

CÁDIZ 7 DE JULIO DE 1895

Balance



juzgar por las trazas, con el nuevo Ayuntamiento que nos ha regalado Genovés para andar por casa, vamos á resultar los gaditanos los vecinos más afortunados del planeta.

Los nuevos ediles con su alcalde á la cabeza se muestran decididos y emprendedores, hasta el punto de que en los pocos días que llevan de ejercer el cargo, ya han adoptado varias medidas que demuestran los buenos deseos que tienen guardados entre pecho y espalda.

—No le quede á usted duda, amigo,—me decía ayer tarde en el Parque, un sujeto que trata con mucha confianza á Morante.—Aunque ustedes los periodistas de oposición lo nieguen, es lo cierto que Cádiz está de enhorabuena con tener por administradores á personas tan ilustres y tan formales. Además, yo ya soy viejo y tengo mucha experiencia. Hasta en la manera de sentarse en los escaños se notan los buenos deseos de los concejales. ¿No se ha fijado usted? Pues fijese y se convencerá. Si usted me guarda el secreto, voy á referirle algunos de los proyectos que hay en cartera. Mi ilustre amigo Morante presentará en breve una exposición pidiendo que le pongan una montera de cristales á la bahía, para que los del Zafio-Club puedan pescar sin mojarse los días de lluvia.

Casal no quiere ser menos y proyecta elevar un monumento en medio de la torta de la plaza de San Juan de Dios.

—¿Alguna estatua al inventor de los bragueros?

—No, señor: una alegoría que simbolice *La Consecuencia política*.

—¡Ah, *mú propio!*

—Pero lo más notable es lo que se le ha ocurrido á Engo: figúrese usted que quiere que los concejales asistan á las sesiones en traje de acróbatas, y que todos los jueves después de la reunión municipal haya ejercicios gimnásticos.

—¿Gratis para el público?

—¡Quíá! eso es lo bueno del proyecto: la entrada costará 25 céntimos de peseta y los productos se destinan...

—¿A comprar ropa blanca para los concejales?

—No: á la compra de *Mata-fuegos* Bañolas para los incendios.

—¡Ahaaa! ¿Y no sabe usted de más proyectos?

—Sé de algunos otros que se hallan en estudio, pero no estoy autorizado para revelarlos...

Y en esto mi interlocutor se despidió porque me dijo que quería saludar á Genovés que andaba por el Parque con el contratista de los consumos, y quería decirle que no se fiara de D. Amado, que es muy travieso y muy astuto.

Yo me quedé «al pié de la enramada» pensando

en los arbitrios extraordinarios, y en los inocentes que se fían de las buenas intenciones de los concejales monárquicos.

* *

Se nota ya gran animación en los paseos y sitios públicos.

Los círculos y centros de recreo se disponen á organizar festejos para obsequiar á los forasteros que nos visiten durante la temporada de verano.

Los socios del *Liceo Reverte*, que son todos chicos de buena familia, están organizando una velada dramática-taurino-lírica, que dejará memoria.

En la primera parte se representará un drama inédito, escrito por un joven muy aficionado á la relojería y á las sardinas en latas. Después seguirá la lidia de una vaca suiza que se correrá en el patio de la casa; los socios que queden vivos darán fin al espectáculo cantando á coro una *cantata* á voces solas titulada: *¡Pélate, amor mío!* original de un chico estudiante de veterinaria que es una especialidad en trabajos en corcho, y en limpiar dentaduras.

A más de esto, las autoridades municipales nos preparan una porción de cosas á cual más agradables y entretenidas.

De modo que el que quiera divertirse este año en Cádiz, podrá hacerlo á su satisfacción.

¡Lástima, que como siempre, nos coja sin dinero!

Luis de Cádiz

¡OLÉ, EL RUMBO!

¡Tenientes de alcalde, concejales nuevos, porteros y mozos del Ayuntamiento, obleas, secantes, plumas y tinteros, escaños forrados de buen terciopelo, empleados, guardias, mozos del apero, odiado ayudante, comandante esbelto, guardias que no cobran, sillones, serenos, cantad todos juntos, lanzad á los vientos un himno glorioso que quite hasta el sueño, contando la historia, los buenos deseos y abnegación suma del alcalde nuevo! ¿Sabeis lo que ha dicho? ¿Sabeis lo que ha hecho? Juró por la vara que con tanto empeño siempre ha *camelado*, que desde su asiento será inexorable con los *chanchulleros*, y que tiemblen todos

los que con el pueblo juegan á la sombra de sus altos puestos. Ha dicho el alcalde González Abreu, que si un empleado robara el dinero, después de plantarlo de la calle en medio, él de su bolsillo pagaba al momento la falta en la caja del Ayuntamiento. ¡Olé por el rumbo del alcalde nuevo!... Yo que no me gusta dudar de lo cierto, creo atrevidillo ese pensamiento, porque se arruina González Abreu si se dedicara á tapar enredos. Pero... en fin, que siga con su buen deseo, y vaya mi aplauso cordial y modesto, si es verdad la cosa que ha dicho y ha hecho. ¿Cumplirá el alcalde su voto?... ¡Veremos!

FIGARITO.

INSTANTANEA

SIESTA

Entornadas están las maderas, pero la luz no es aún bastante opaca; el aire no circula dentro del pabellón azul y blanco; despiden edredones y cojines sofocante calor, y de la calle sube el rumor de un insoportable bullicio.

¡Cómo recuerdo aquellas otras siestas en el fresco y en-

toldado patio sevillano, rodeado de naranjos, y adelfas, columpiado por sensual mecedora, halagado por hermosas imágenes y escuchando entre sueños la nota fresca y argentina del surtidor, ó al insecto de coselete metálico con su lejano bordoneo!...

Y aún deleitan la memoria otras siestas: allá en Castilla, en medio de los calcinados campos, con el sopor de la asfixiante atmósfera, tendido entre los amarillentos y abrasados trigos que ornaban las amapolas lujuriosas, á la sombra de aquel montículo de arena rodeado de almendros raquíticos. Encimadaba vueltas la pacífica mula, que suspendía á veces fatigada su marcha; cesaba en aquel punto el monótono golpe del rebosante cagilón y yo abría los ojos. Miraba aquella niña dormida, tendida junto á las verdes cañas, blanca y candorosa como Mireya, encendida y robusta como el hada del fuego. Entornaba de nuevo mis ojos, y el cangilón volvía á sonar...

Carlos Christian.

¡Cómo cambian las personas!

Mi amigo Andrés Rebollo siempre ha pasado por un chico decente, bien educado, obediente á sus padres cuando soltero, leal con sus amigos como un cordero, y luego con su esposa tan cariñoso, que era un hombre modelo y un buen esposo. Pero en muy poco tiempo se ha transformado de un modo tan completo é inopinado, que verdaderamente me ha sorprendido, porque está Andrés Rebollo desconocido. ¿A qué es debido el cambio que en él se nota? Todos dicen que al juego de la pelota, pues á él se ha aficionado de una manera que pasa en los frontones la vida entera. No se juega un partido grande ó pequeño

sin que asista mi amigo con mucho empeño. Sabe ya lo que es *falta* perfectamente, y le falta á su esposa continuamente. Sólo entre *pelotaris* vive contento: los *azules y blancos* con su tormento; discute las jugadas y toma notas. ¡Su dicha está pendiente de las pelotas! Conoce de este juego el tecnicismo, mejor que el padre Astete el Catecismo, así como los nombres enrevesados de nuestros *pelotaris* más afamados. Y me dirás tú ahora, lector querido: —¿Por eso está el muchacho desconocido? ¿Por eso solamente que de él me dices?... —¡Quíá! ¡Por un pelotazo en las narices!

F. Roig Bataller.

GUAJIRAS... PENINSULARES

Con la cuestión cubana estamos mejor que queremos. La prensa sigue amenizándonos la existencia con las noticias «del otro mundo»; las conversaciones en casinos y cafés, fluctúan entre Maceo y los separatistas y viceversa; en el mismo seno de la familia no se oye hablar de otra cosa, y para hacer callar á los chiquitines, basta con decirles: —¡Que viene Maceo! frase que ha venido á sustituir á aquella otra de: —¡Que viene el coco!

Las noticias que corren no son nada tranquilizadoras, así es, que estamos sobre ascuas, y vamos por la calle con paso vacilante y mirada escudriñadora; á lo mejor tropezamos con un individuo de faz sospechosa que viste traje de lana dulce y sombrero de jipijapa, y se nos ocurre pensar, llenos de espanto:

—¿Será Maceo que viene á tomar baños de ola?...

Después resulta que el tal no es Maceo, ni siquiera un mal separatista, sino el secretario de Villa-Serreta, que ha venido á comprarse media docena de elásticas y á conocer personalmente al jefe de la minoría liberal heterodoxa.

Y así pasamos la vida, de susto en susto y con la cabeza llena de Maceos y de filibusterismo.

—¡Verá usted como á la postre me cuesta algo la dicha cuestión cubana, me decía anoche un ex-diputado fusionista. —Anteayer recibía éste lacónico telegrama de mi ilustre jefe: «Sea menos bruto escribiendo:—Sagasta.» —¿Y á qué dirá usted que venía eso?

—A que escribiría usted, Sagasta con «?

—No, señor. Un compañero de tribuna, llegado hoy de Madrid, me explica el enigma. Hace días le dirigí una carta al eminente riojano, recomendándole á un pariente mío; pues bien; en el sobre, con unos caracteres que envidiaría el mismo Iturzaeta, puse, según mi compañero que tuvo la dicha de verlo: «Excmo. Sr. D. P. Maceo Sagasta,» esto escrito por mí involuntariamente, le sentó como una patada en el vientre, y de ahí su telegrama: ¡ya ve usted si con razón le digo, que me van á ocasionar un disgusto esos endemoniados separatistas!

De todo esto culpemos á la prensa porque con las noticias terroríficas que da, nos satura de Gómez, Martí y C.^a y no sabemos lo que hablamos, ni lo que escribimos, ni lo que comemos.

Por la calle, no se oyen más que diálogos como el siguiente:

—¡Las cosas de Cuba están muy graves!

—¿Pero tiene alguna cosa mala el Marqués?; no estaba enterado.

—¡Hombre, me refiero á la cuestión antillana; ¿sabe usted algo de ellas?

—¿De quién?

—¿De las Antillas?

—Pues... que estarán en su sitio.

Pero en donde la epidemia de actualidad se desarrolla con más fuerza, es en los cafés. ¡Qué aspecto de generales en embrión presentan algunos parroquianos! ¡qué planes de táctica militar desarrollan sobre «el marmol frío»! Desde allí manejan á su antojo á nuestro valiente ejército, dan órdenes á su gusto y prosiguen el plan de campaña á su capricho.

La otra noche oí decir en una reunión de esta índole:

—Vamos á ver si ahora me comprenden ustedes; pongamos un ejemplo: sea Puerto-Príncipe, este turrón de azúcar; indudablemente si este turrón es mío...

—Perdone usted González—interrumpió un contertulio —pero ese turrón es de mi pertenencia exclusiva: como usted sabe, voy guardando los sobrantes para formar en su día una colección turronera en el estado fósil, y la verdad, sentiría se me extraviase alguno; de manera que usted dispense, pero coloque otra cosa en su lugar.

Y se metió en el bolsillo á Puerto-Príncipe, es decir, el turrón.

A lo mejor exclama otro contertulio:

—Siendo yo, Martínez-Campos, hubiese copado al enemigo cuando acampó en Tres-Bocas.

—¡Hombre, no me parece mala la idea!—replica uno del corro—pero llevaba usted una desventaja mayúscula.

—¿Cual?

—Pues que mientras los nuestros entraban por una boca al enemigo le quedaban las otras dos libres para escapar á su antojo.

Y así sucesivamente.

José Jurado.

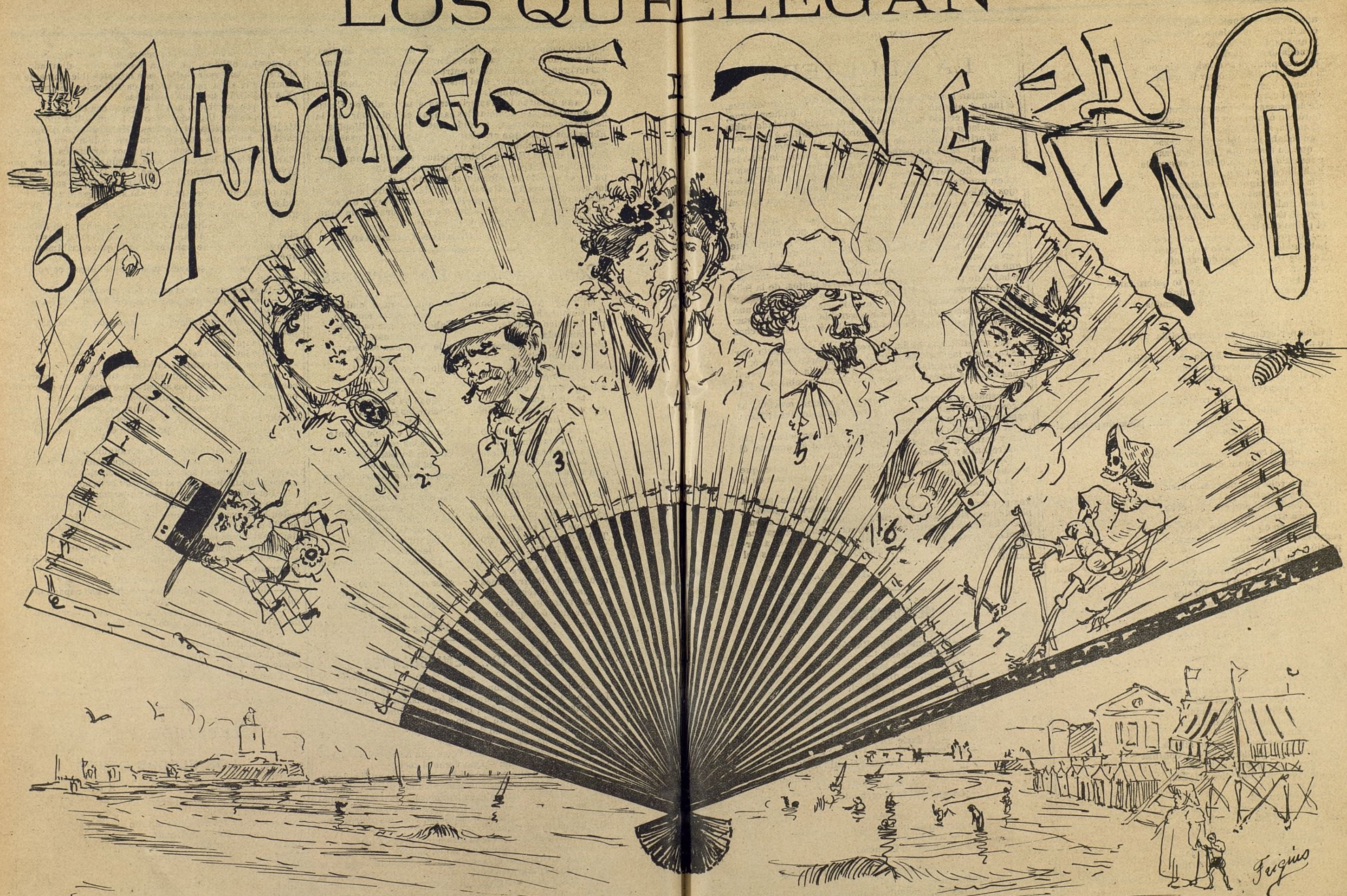
Nuestros versos

LOS FLECOS ROJOS

A Lolita.

La despreocupación de Petronila la colocó en la calle luciendo con donaire sobre el talle el hermoso pañuelo de Manila. Los hombres murmuraban á su paso; mas ella, acostumbrada á no hacer caso de los murmuradores, se consolaba al punto viendo en su pañolón bello conjunto de pájaros, de chinos y de flores. Desde su alta bohordilla la vió Blasa; nubláronse sus ojos

LOS QUE LLEGAN



1.—Julianito Zapatilla, secretario municipal de Villa-Burra; viene á reponer su quebrantada salud y á leer los discursos de Emilio Rodríguez para irse soltando.

2.—D.^a Ruperta Biombo, viene á ver si con los baños resuelve el problema de la esterilidad, que la tiene muy preocupada.

3.—Celipe (a) Boquitas. Viene á hacer la temporada de verano, porque ha leído en los periódicos, que las calles de Cádiz están de noche en muy buenas condiciones.

4.—Emeterio y Lupita Dobladi-
llo; vienen á ver si encuentran no-
vios y percal de barato.

5.—Armando Fistulini. Viene á
ver si lo contratan para hacer el salga-
tenorino de Lucta.

6.—Desde Madrid, y á lo que le

7.—Y yo aunque me esté mal el
decirlo, vengo porque este verano,
con los calores y con la falta de hi-
giene, tengo mucho que hacer en
Cádiz.

ante el rico pañuelo de espumilla
con largos y ondulantes flecos rojos,
y un suspiro lanzando
aquella desgraciada,
por vez primera se quedó dudando
entre ser poderosa ó ser honrada.
Cuando llegó su amante
Colás el carpintero
de amorosas palabras anhelante,
miró con compasión al pobre obrero
su novia, su Blasilla,
que soñaba con lujos y grandezas
y que no respondía á sus ternezas
pensando en el pañuelo de espumilla.
El habló de la boda,
ella de los chinitos de colores,
Colás de su pasión y sus amores,
Blasa de los caprichos de la moda;
—¿Qué tienes?— preguntóle cariñoso
el pobre carpintero.
—¿Porqué en vez de ser rico y poderosos,
habrás sido, Colás, sólo un obrero?—
Aquella frase le llenó de espanto
y repuso con pena y con cariño:
—¿Y por qué, al ver que yo, te quiero tanto,
rompes así, mi corazón de niño?
Tu ambicionas, lo sé; pero pretendes
algo que no es posible,
y tú no lo comprendes
siendo perfectamente comprensible.
Te prometo Blasilla
comprarte un gran pañuelo de espumilla
donde bordados sobre rica seda
mil chinitos verás á tus antojos.
—¿Con flecos rojos?
—Sí, con flecos rojos.
—Y... ¿cuando?...
—¿Qué pregunta!... ¿Cuando pueda...!—
y avivados con esto los empeños
de la misera Blasa,
trenes lujosos contempló entre sueños,
ostentando la cifra de su casa.
El tiempo robó al siglo cuatro años.
De países extraños
llegó á Madrid al empezar la noche,
una moza arrogante
que subiendo en un coche
seguida de un vejete repugnante,
partió á un aristocrático palacio,
mansión de amor y nido de la bella,
con igual rapidéz que la centella
cruza en la tempestad el negro espacio.
La incierta claridad de los faroles
entrando al interior de la berlina,
arrancaba divinos tornasoles
á un mantón de la China
blanco como la nieve en la pradera
y enroscado en la dama caprichosa,
pues viajar con mantón, era una cosa
explicable tan sólo en la viajera.
Llegaron al hotel; descendió el viejo
y tras él, y apoyándose en su mano
la dama, que bañándola el reflejo
de la eléctrica luz de la portada,
se asemejaba á algo sobrehumano
bajo aquella cascada
de flecos blancos como espuma hilada.
—¡Blasa!...— se oyó decir con voz confusa
á un obrero, que alzándose la blusa
y atropellando al viejo y los criados,
un puñal reluciente
hundió cobardemente
en los chinitos blancos y bordados.
Y cuando por la seda resbalaba
la sangre, y Blasa moribundos ojos
en su novio clavaba,
éste blandiendo el arma le gritaba:
—¡ya tiene tu mantón los flecos rojos!

Miguel Rey Rivadeneira.

SIN POLÍTICA

LA ADULTERA

Comían los dos amantes en su lujoso *chalet* de Génova,
é iban á apurar alegremente las copas de Champagne,
cuando un criado les anunció que el marido burlado había
descubierto su refugio, y se acercaba decidido á matarlos.

El primer impulso de él fué salir al encuentro; pero
ella, de un salto, se colocó junto á la puerta, le echó los
brazos al cuello, formó con ellos alrededor de su garganta
un nudo de nieve y rosa, apoyó su dorada y pálida cabe-
za en uno de sus hombros, y mirándole suplicante con sus
ojos azules llenos de lágrimas, le dijo que prefería morir á
continuar en la lucha que mantenían.

El la estrechó contra su pecho, la besó en la boca y
procuró apartarla cual si fuera una niña; pero ella, cada
vez más suplicante, reteniendo en sus manos las de él, que
temblaban, le arrastró hasta el balcón; alzó una persiana
verde, que brillaba al sol, y mostrándole un *mail coach*,
que avanzaba entre nubes de polvo á lo largo del camino,
le habló de la dicha de recibir la muerte juntos, de la feli-
cidad de presentarse á Dios unidos, para pedirle perdón y
tranquilidad eterna, y de la conveniencia de terminar una
vida que siempre había de ser miserable y había de estar
sombreada por la ignominia de la falta ó por las manchas
de la sangre.

El, resistió; mas al fin, convencido y extraviado por
los ruegos y las caricias, corrió á la puerta, la cerró, y
mientras ella arreglaba su traje y escribía en un papel
unas cuantas líneas, buscó y sacó de un mueble dos pis-
tolas.

Después se abrazaron, dijeron la misma oración, se
recostaron en una *otomana*, y entrelazando sus brazos,
esperaron á que los sorprendieran.

A cada ruido que notaban, ella se estremecía de pa-
vor, y cerrando los ojos, se apretaba contra su amante: él
la estrechaba y escuchaba con angustia.

Poco á poco el estrépito producido por un coche que
rodaba en la calle, fué creciendo hasta amortiguarse en la
verja del *chalet*. Luego se oyeron voces y pasos.

Entonces los dos amantes tomaron á besarse por la
vez postrera. El quiso precederla en la muerte; apoyó la
pistola en la sien, disparó y rodó exánime sobre la alfom-
bra. Ella lanzó un grito, miró como el suicida se revolca-
ba en las últimas convulsiones de la agonía, soltó una ear-
cajada, tiró al aire, y cayó desmayada en los brazos del
marido.

José L. Costa.

MENUDENCIAS

—Búscame—dijo Ramón
á su vecino Pascual—
un consonante á *melón*...
Y Pascual, sin dilación
dijole:—Pues... ¡concejál!

—En cuanto saltó á la arena,
de aquella tarde el primero,
salí...

—¿Á darle un recorte?
—No, señor.
—¿Á darle el quiebro?
—Tampoco.
—Pues no adivino...
—¡Lo que salí fué corriendo!

Yo confíe á una mujer
un secreto de importancia,
y á los tres días escasos...
¡ya lo sabían en Francia!

—Dice usted que es *más* que el Dante...
quiero ver cómo lo prueba.
—Pues muy sencillo. Aquel hombre
sólo escribió una *Comedia*.

mientras que yo, en prosa ó verso,
¡llevo escritas más de treinta!

—¿Qué significa la *erre*
que ponen en las recetas?
—Pues que con la medicina...
el que no sana *previenta*!

Tienes negras las cejas,
los labios granas,
color castaño el pelo,
las manos blancas...
¡Por eso dicen,
y con razón, que eres
un ¡Arco Iris!

P. Pinillos.

TEMPORADA DE BAÑOS

Con el calor que se siente,
¿qué mortal no se ha alegrado,
de que llegara el momento
de abrirse los balnearios?
Ya llegan los forasteros
de los villorios cercanos
por «racimos» ó familias
que es lo mismo para el caso.
Yo ya he visto hace dos días
á la chica de Guarapo
que viene aquí con la idea
de atrapar á un boticario
sietemesino y gangoso
á quien el año pasado
otorgó su amor vehemente
según he sabido, á cambio
de una docena de cajas
de pastillas de ruibarbo.
También he visto en la playa
al canónigo murciano
Don Homobono Sotana
que al lejos parece un saco
y pesa doscientas libras
como ayer he comprobado,
pues se sabió en una báscula
de esas de las del fieltro,
y si no se baja pronto
descompone el artefacto.
El buen hombre me decía
casi con pujos de llanto,
que sus quehaceres de cura
le han puesto... ¡muy demacrado!
Ya se ven por esas playas
hombres como bicharracos,
y señoronas muy gruesas,
y caballeros *tan flacos*
que parecen tiburones
y hacen correr al más guapo.
Yo lo confieso: me agrada
la temporada de baños,
porque se refresca el cuerpo,
porque se respira sano,
porque se ven panoramas
muy bellos y variados,
y porque, siendo constante
en visitar balnearios,
tengan ustedes por cierto...
que siempre se pesca algo.

Guillermo Sánchez.

Retazos

El nuevo concejal Sr. Arroyo ha dispuesto con muy buen acuerdo que se retirara de la circulación el chico «adelantado» que se exhibía en una accesoria de la calle Novena.

¡Choque usted don Benito!
Que para ver cosas feas, con el cacique tenemos bastante.
Y para «gabinetes reservados» nos sobra con el Ayuntamiento.
¡Y que lo digas!

Te dije lo que te quiero
cuando no estabas casada,
y me respondiste airada
«me ofende usted caballero».

Hoy que te vuelvo á encontrar
te lo vuelvo á repetir,
¡y te he visto sonreír
al ordenarme callar!...

G. L.

Pacotilla.

Leo:

«Participan de Idiazabal que el día de San Juan fué encontrado pendiente de un árbol el cadáver del colono de la casería Maicolaeta.»

No se sabe á qué atribuir su muerte.»

¿Cómo que no? ¡Bien claro está!

¿A qué se ha de atribuir su muerte si lo encontraron pendiente de un árbol?

¡Pues á una pulmonía!

Charada.

¡Qué *dos-primer*a se dá
el *dos-dos* de *prima-dos*!
¡pues no desprecia á *primera*
que es más bonita que el sol!...

Solución á la del número anterior:

APARADOR

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Colerín.—Mande los dibujos á ver si sirven. La poesía *Allá va eso*, es un enigma que dudo pueda entender nadie. ¡Y ahora échele usted la culpa á «su hermanito»!

Una curiosa.—CELIPIN no se ha retirado: está como siempre á la disposición de las señoritas que preguntan por él, Santa Inés 15, 1.º izquierda.

C. Ll..—Distinguida señorita. No estamos en situación de encargar trabajos pagados. ¡Ojalá! La historia que usted me cuenta es tristísima. ¡Vaya por Dios! Los versos no encajan aquí.

Orbaneja.—Mande lo que anuncia, pero no abandone usted «lo otro». ¡Ah! Yo no me molesto nunca con los barbianes como usted. Sabe que se le aprecia.

M. E. G..—Fijese usted apreciable amigo, en que los versos:

«Sus ojos lanzaban mil fulgores»

y «De que eran fingidos sus amores»

no tienen las once sílabas que previenen los bandos municipales.

Carita.—Entreténgase en apurar las viajeras y no falte usted el respeto á las Musas, joven.

Perruqueti.—Magnesia efervesce te... y á bañarse.

Arturo de Ch..—Idem, eadem, idem.

¡*Psch!*!—Eso dije yo cuando leí el artículo. ¡*Psch!*! nada entre dos platos.


D. Hermógenes.—No ha podido ser por exigencias de confección. No tengo que decirle que irá en el próximo, y que me hacían falta media docena de *Cangas* como usted. ¿No sabe usted de alguno?

A. G..—No he tenido tiempo de leerlo por el exceso de correspondencia atrasada. Creo que sirve.

Meliton.—Según y conforme. Si no es guasa viva, pudiera convenirnos. Si lo es... entonces ¡ah! entonces que se caiga usted de un 5.º piso.

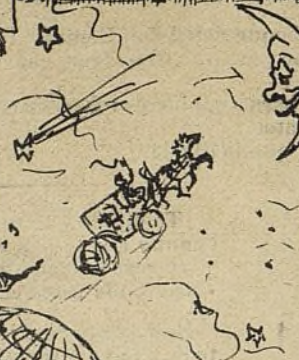
Imprenta de La Unión Republicana

CANTARES EN ACCIÓN




—Y cuando me muera
ya sabes mi encargo,
que me laven la cara con vino
de *Aranda y Navarro*.

Ancha, 7 (Depósito.)




El que quiera ver la luna
que se lo diga á *Cabello*,
y lo llevará en berlina
en dos minutos y medio.

Ofics. (Frag. y P. de S. Antonic.)



—Permita el demonio
que *Aurelio Moreno*
no le haga más ropa, en castigo
del mal que me ha hecho.

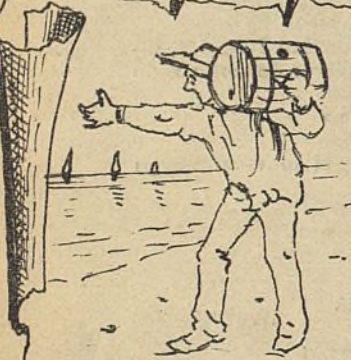
Columela, Sastrería.



—Evangelios; primer tomo
y dice en el San Mateo:
«no hay mejor pan que el que en
(Cádiz,

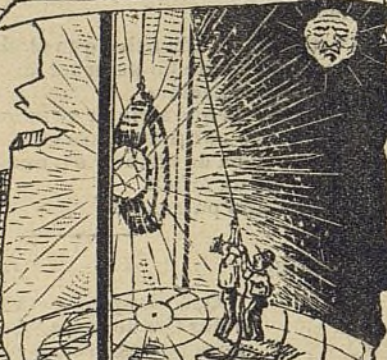
fabrica el señor *Merello*,»

Diego Arias y Rosario 27.




Fui al mar por amontillado
y me respondió la mar:
—Si lo quieres de primera
vé á casa de *Ruiz Pomar*.

Vargas Ponce y Amargura.




Como el sol no alumbra ya
porque está viejo y caduco,
van á poner en el cielo
una sortija de *Estrugo*.

Juan de Andas, 24.




—No te quiero ver llorar
ni te quiero ver tan triste,
mañana mismo te compro
una máquina de *Singer*.

Columela (Depósito)




—Y dijo mi defensor:
«Yo defendiendo á un inocente,
y hay que reparar en qué
lo viste *Plácido Verde*.»

S. Francisco y S. Barcáiztegui.




—¿Cómo quieres que te quiera,
si ya en casa de *Tovía*
no compras blondas ni telas?

Columela y Verónica.



—Hoy me supe la lección,
y me han regalado, madre,
esta botella de vino
de la marca *Hijos de Blazquez*.


Novena 2 (Escritorio).



A la reja de la cárcel
no me vengas á llorar,
y tráeme un par de zapatos...
Del *Louvre*?

—¡Pues claro está!

Sacramento y O. Urquinaona.



—Voy á morir; sólo quiero,
¡oh mundo que así me olvidas!
que me entierren en un féretro,
de los de casa de *Oliva*.

Murguía y San José.

SUPLEMENTOS ILUSTRADOS

á «La Unión Republicana»

Director literario: **ANGEL GUERRA**.—Director artístico: **FRIGIUS**,

Los Suplementos ilustrados constan de ocho páginas: cuatro de texto y cuatro de dibujos de actualidad, etc.

Se publican todos los domingos

Precio de suscripción: 50 cénts., al mes.—Número suelto, 15 cénts.—Fuera: Trimestre adelantado. 2 ptas.

Es el periódico ilustrado más barato y de mayor circulación de Cádiz